

Ética y docencia: un maestro de matemáticas

Brenda Dolores Gamboa Marrufo

"La imitación es la forma más sincera de la lisonja"
Charles Coleb Colton

Quienes tenemos la fortuna de haber cursado estudios académicos, llevamos indeleble en el alma la huella de algún buen maestro; dichoso de aquel que lleva varias marcas de éstas.

En especial, mi mente evoca de manera reiterada la memoria de uno de mis maestros de preparatoria, un maestro de matemáticas, un maestro que, como diría Latapí, se desempeñaba como muchos, dentro del lado oscuro de la luna; bajo sueldo; poco reconocimiento social; poca valoración oficial; y quien, además como muchos otros, contaba como únicos recursos para el logro de sus difíciles objetivos, con el libro de texto y el gis.

Sin embargo, en la cátedra, el lado luminoso de la luna resplandecía para él y para quienes compartíamos esta experiencia.

Éramos un grupo de jóvenes alegres, inmaduros, interesados en todo, menos en el contenido académico de las asignaturas; y puedo afirmarles que a las matemáticas les iba peor que a otras; muchos en aquel entonces no éramos capaces de resolver problemas por nosotros mismos, lo hacíamos por imitación de rutinas en textos o apuntes; no manejábamos adecuadamente los conocimientos que recibíamos, carecíamos de pensamiento crítico y creativo, éramos incapaces de generar alternativas de respuestas o soluciones originales. Técnicamente hablando, nuestra preparación anterior era defectuosa y para cualquier otro maestro esto implicaría una culpa.

Sin embargo, para aquel maestro no había culpas, su principal preocupación no era, como para otros, la sapiencia ni la habilidad de sus alumnos para la resolución de problemas, ni

Brenda Dolores Gamboa Marrufo. Licenciada en derecho y maestra en educación por la UADY. Actualmente es catedrática de la asignatura "Ética de la Investigación y de la Docencia" de la Maestría en Derecho.



el dominio de conocimientos y rutinas de cálculo que demandaba el curso.

Por el contrario, mis recuerdos evocan la clase de matemáticas como una clase especialmente relajada, sin exigencias exageradas, espontáneamente ordenada y disciplinada, en la que, invariablemente, el ambiente era propicio para el aprendizaje; recuerdo que en ella manejábamos conceptos, pensábamos y actuábamos todos los días disfrutando del milagro continuo de aprender.

Forjábamos el carácter viviendo los valores que observábamos directamente de una persona digna de respeto. Alguien que además del verdadero deleite que manifestaba por las matemáticas, por su ocupación y por la vida, en sus relaciones maestro-alumno, fomentaba precisamente eso, respeto, amistad y educación. Siempre atento a cualquiera de nuestras manifestaciones, siempre sonriente, invitando al acercamiento, siempre amable, como refrendo de su apariencia, siempre tranquilo, ante cualquier circunstancia, incluso las más inesperadas. Una persona siempre educada que en todos sus actos inspiraba respeto, confianza y cariño.

Sus métodos nos permitían avanzar a nuestro propio ritmo; con paciencia admirable consideraba y apoyaba los avances de cada uno en el salón de clases y fuera de él. La retroalimentación continua implicaba un importante refuerzo formativo; el repaso, el dar marcha atrás en los avances cuando así se requería, era natural.

Con explicaciones sencillas y amenas estimulaba la comprensión de las intrincadas teorías, que en ocasión distinta hubiesen implicado ansiedad y angustia para quienes como yo nos sentíamos negados para esta ciencia y, aunque la asignatura no era propicia para el empleo de estrategias variadas de enseñanza, él se las arreglaba con tácticas ingeniosas que facilitaban el aprendizaje y despertaban nuestro interés, o bien, rompían la monotonía de algún tema: anécdotas, acertijos, cuentos, bromas.

Recuerdo que en alguna ocasión, después de explicarnos un tópico especialmente complicado, nos recomendó, para reforzar el aprendizaje, la aplicación práctica de esos conceptos

mediante la resolución de problemas que, como consecuencia, no resultaron ser menos complicados; sin embargo, para tranquilidad de aquellos que no nos sentíamos capaces de salir airoso de esa tarea, amablemente nos ofreció, para cualquier duda, su número telefónico de la siguiente manera: "La tercera cifra es el triple de la primera. La cuarta y la sexta son iguales. La segunda es una más que la quinta. La suma de las seis es 23, y su producto, 2160". Aquel día nadie terminó la tarea, nos pasamos la tarde descifrando su número telefónico, que resultó ser el 25-63-43, y, para culminar, a manera de técnica de memoria nos remarcó que resultaba ser el cuadrado de 16, seguido del cubo de 7.

Milagrosamente, la actitud positiva hacia el profesor se hacía extensiva a la temática y facilitaba la resolución de los tan dificultosos teoremas y problemas.

Todos participábamos activamente, ninguno en la clase quedaba callado, si no opinábamos sobre el tema del día, lo hacíamos en relación a las diversas situaciones cotidianas que el propio maestro llevaba a la clase o en los diálogos profundos que a manera de grupos de conversación permitía se entablaran en su hora; al final, todos nos sentíamos enriquecidos de una u otra forma.

Quién me iba a decir en aquel entonces, que con el paso del tiempo el núcleo de mi desempeño profesional estaría constituido precisamente por la actividad docente; de haberlo sabido me habría tomado el trabajo de filmar o grabar cada una de esas sesiones que, en mi experiencia y circunstancias actuales, constituyeron verdaderas lecciones de vida.

Ahora puedo apreciar que su plan de clase no se agotaba en promover el aprendizaje de conceptos y rutinas, ni en lograr el manejo adecuado del conocimiento. Ahora sé que aquella clase especialmente relajada, conjugaba la enseñanza y el aprendizaje con un objetivo superior: el de promover la formación de alumnos responsables y honestos. Ahora percibo que en esa clase se imponía, como algo especial, un constituyente de actitudes y valores que todos vivíamos de manera inconsciente. Ahora veo que la misión de ese profesor tenía mucho que ver con la palabra educar en su más amplio sentido.



Ahora considero que un buen maestro debe educar aun en contra de las políticas educativas que a veces dificultan la labor, en ocasiones es preciso hacer espacio en los cargados programas de estudios para que además de fomentar en el alumno la creatividad, el análisis y el complemento de conceptos que faciliten la práctica, se propicie el desarrollo de habilidades y el refuerzo de actitudes que le lleven a ejercer su vocación de manera profesional y humana. Como diría Rugarcía, un poco de "cinismo sano" permite al maestro hacerse de la vista gorda y posibilitar el trabajo escolar con miras a una verdadera formación integral de los alumnos, ocuparse de su intelecto y de su alma.

Ahora me doy cuenta de que hay que tener los ojos puestos en el alumno, en su desarrollo personal. No en vano, en el ámbito educativo se dice que educar no es enseñar a alguien algo que no sabía, sino hacer de él alguien que no existía; ese es precisamente el secreto, hay que saber llegar a su alma, moldearla.

Honor a quien honor merece, aquel maestro de matemáticas de quien tan buenos recuerdos guardo consiguió tocar nuestras almas; llegó a nuestra fibra al permitirnos vivir de manera habitual y comprometida los ideales que en cualquier desempeño docente deben ser pilares fundamentales. Ahora sé que el secreto de su éxito se basó precisamente en esas vivencias y en la percepción que de sí mismo y de sus actuaciones valiosas todos tuvimos; no miente aquel refrán que reza: "las palabras convencen, los ejemplos arrastran". Efectivamente, a lo largo de toda la vida humana y en cualquier instancia de ella, la mejor acción educadora es la vivencia y convivencia en los valores. Refrendemos estos principios con la calidad de nuestra propia actuación.

BIBLIOGRAFÍA

- Flores Reza, Arturo. (1998). *Educación en los valores para el valor*. Reporte de investigación. Universidad Autónoma de Aguascalientes. México.
- Godoy, Emma. (1995). *¿Qué son los valores y para qué sirven?* Los valores en la enseñanza y en el comportamiento organizacional de las instituciones educativas. CEDESA. México.
- Latapí, Pablo. (1997). "Carta a un maestro". *Revista Proceso*.
- Rugarcía Armando. (1993). *En la búsqueda de la entidad esencial de la docencia*. Ética y Docencia. Universidad Iberoamericana. México.